

7-11
años

serie
El gallo pelón

colección
Caminos del SUR



Trina Esparza

Mientras esperan

Ilustrado por Nathaly Bonilla



© TRINA ESPARZA

© FUNDACIÓN EDITORIAL EL PERRO Y LA RANA, 2018 (DIGITAL)

CENTRO SIMÓN BOLÍVAR TORRE NORTE, PISO 21, EL SILENCIO,

CARACAS - VENEZUELA, 1010.

TELÉFONOS: (0212) 768.8300 / 768.8399.

CORREOS ELECTRÓNICOS

COMUNICACIONESPERROYRANA@GMAIL.COM

ATENCIONALESCRITORFEPR@GMAIL.COM

PÁGINAS WEB

WWW.ELPERROYLARANA.GOB.VE

WWW.MINCULTURA.GOB.VE

REDES SOCIALES

FACEBOOK: EDITORIALELPERROYLARANA

TWITTER: @PERROYRANALIBRO

DISEÑO DE COLECCIÓN

MÓNICA PISCITELLI

ILUSTRACIONES

© NATHALY BONILLA

EDICIÓN

ALEJANDRO MORENO

CORRECCIÓN

DANIELA MORENO

RODOLFO CASTILLO

DIAGRAMACIÓN

DARLENE BOLÍVAR

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL DC2018000338

ISBN 978-980-14-4127-4



Trina Esparza

Mientras esperan

Ilustrado por Nathaly Bonilla

COLECCIÓN CAMINOS DE SUR

HAY UN UNIVERSO MARAVILLOSO DONDE REÍNAN EL IMAGINARIO, LA LUZ, EL BRILLO DE LA SORPRESA Y LA SONRISA ESPLÉNDIDA. TODOS VENIMOS DE ESE TERRITORIO. EN ÉL LA LECHE ES TINTA ENCANTADA QUE NOS PINTA BIGOTES COMO NUBES LÍQUIDAS; ALLÍ ESTUVIMOS SEGUROS DE QUE LA LUNA ES EL PLANETA DE RATONES QUE JUEGAN A COMER MONTAÑAS. DESCUBRIMOS QUE UNA MANCHA EN EL MANTEL DE PRONTO SE CONVERTÍA EN CABALLO Y QUE ESCONDER LOS VEGETALES DE LAS COMIDAS RARAS DE MAMÁ, DETRÁS DE CUALQUIER ESCAPARATE, ERA LA BATALLA MÁS RIESGOSA. ESTA COLECCIÓN MIRA EN LOS OJOS DE NIÑOS Y NIÑAS EL BRINCO DE LA PALABRA, ATRAPA LA IMAGEN DEL SUEÑO PARA HACER DE ELLA CARAMELOS Y NOS INVITA A VIAJAR LIVIANOS DE CARGA EN BUSCA DE CAMINOS QUE AVANZAN HACIA REALIDADES POSIBLES.

EL GALLO PELÓN ES LA SERIE QUE RECOGE TINTA DE AUTORAS Y AUTORES VENEZOLANOS; EL LUGAR EN EL QUE SE ESCUCHAN VOCES TROVADORAS QUE RELATAN LEYENDAS DE ESPANTOS Y APARECIDOS DE NUESTRAS TIERRAS, LA MITOLOGÍA DE NUESTROS PUEBLOS INDÍGENAS Y TODO CANTO INAGOTABLE DE IMÁGENES Y RITMOS.

Cada palabra de este cuento empaña las hojas, cada letra de este cuento teje la historia.

Pienso en aquello que me inspira y que ha inspirado a muchos: el poder del amor.

Pienso en las personas que lo leerán y otras que simplemente no lo harán.

Solo puedo decir que esta es una historia loca para personas locas que se crean cuerdas.

Y, por consiguiente, este cuento es para todos los que nos veamos como somos en verdad.

Todo esto desde lo más profundo de La Mancha y de Maracay.



En un lugar de Maracay...

de cuyo nombre no quiero acordarme

“En un lugar de La Mancha
de cuyo nombre no quiero acordarme,
no hace mucho tiempo
vivía un hidalgo de los de lanza en astillero,
adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”.

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de La Mancha*

El Quijote me está persiguiendo desde aquel día que quise hacer un cuento:
“En un lugar de Maracay de cuyo nombre no quiero acordarme”.
Hoy es sábado, mi día preferido, mi clase de kickingball, bueno como siempre:
—¡¡Apúrate, Teté, que vamos a llegar tarde!!!

Claro, es el único día en que mi hermano Poncho se levanta temprano, pues es su clase de fútbol, el resto de la semana llegar a las siete es una verdadera hazaña. De lunes a viernes me toca a mí gritar la puntualidad, pero los sábados, ese sabroso día, me toca oír sus gritos de apuro.

A las 8:30 es la hora de entrada a nuestras “clases complementarias”, nuestro día más esperado, pero, al pasar frente a la plaza Bolívar...

La plaza Bolívar de Maracay es una cuadra grande donde los árboles antiguos, que están a punto de desaparecer, dibujan sombras particulares. Allí, los domingos puedes ver a los enamorados sin hotel, los niños sin papagayos ni bicicletas, con raspaderos de postal. El resto de la semana les sirve de refugio a quienes vienen a protestar frente a la gobernación.

Hoy es sábado, una larga cola de gente joven, señoras, señores...

—¿Qué pasa en la plaza, qué están repartiendo? —preguntó papá a un señor que caminaba al borde de la fuente que está frente a la plaza.

—Un libro —respondió enseñándonos una carátula con un hombre dibujado.

—Papá —reclamó Poncho, mi hermano—, vamos a llegar tarde.

—Ya, ya —respondió con paciencia papá mientras estacionaba a un lado de la plaza y se bajaba con un “ya vengo”.



Poncho y yo nos quedamos en el carro sin más respuesta que los pasos apurados de papá. Entre tanta gente perdí de vista a mi papi, mi hermano lloró, pataleó, renegó, zapateó, no entendía cómo tanta gente iba detrás de un libro, cuando se podía bajar por Internet.

—Hermano, ¿qué hora es? —le pregunté.

Con rabia, sentenció:

—Ocho y cincuenta y cinco de la mañana.

—Ni modo, hoy no vamos.

Llanto de película el de mi hermanito de 10 años. Mejor me bajo a ver qué veo.

Los bancos de la plaza son de hierro gomero, anchos y amplios, que a alguien se le ocurrió pintar de beis. El más cercano al carro estaba ocupado por dos mujeres, a medida que me acercaba pude observarlas mejor: una era gordita, con un vestido de flores rojas, pelirroja y muy blanca; la otra de pelo negro largo recogido en un moño, vestido blanco y vinotinto, me llamó la atención sus charreteras doradas.

Pedí permiso para sentarme a su lado, les cuento que parecieron no oírme o se hicieron las musiúas. Desde el asiento pude notar que Poncho se dormía dentro del carro, después de haber llorado mucho. El pobre sudaría como una olla de presión.

Había tanta gente, dos filas sin mucho orden, vi a una señora con unas licras blancas, llevaba unas bolsas llenas de tomates y de mangos, me imagino que venía del mercado y al ver la cola hizo como papá: “Pero qué libro será ese, cómo se llama...”, y sin el menor temor le pregunté a mis indiferentes compañeras de asiento:

—¿Cómo se llama el libro que están regalando?

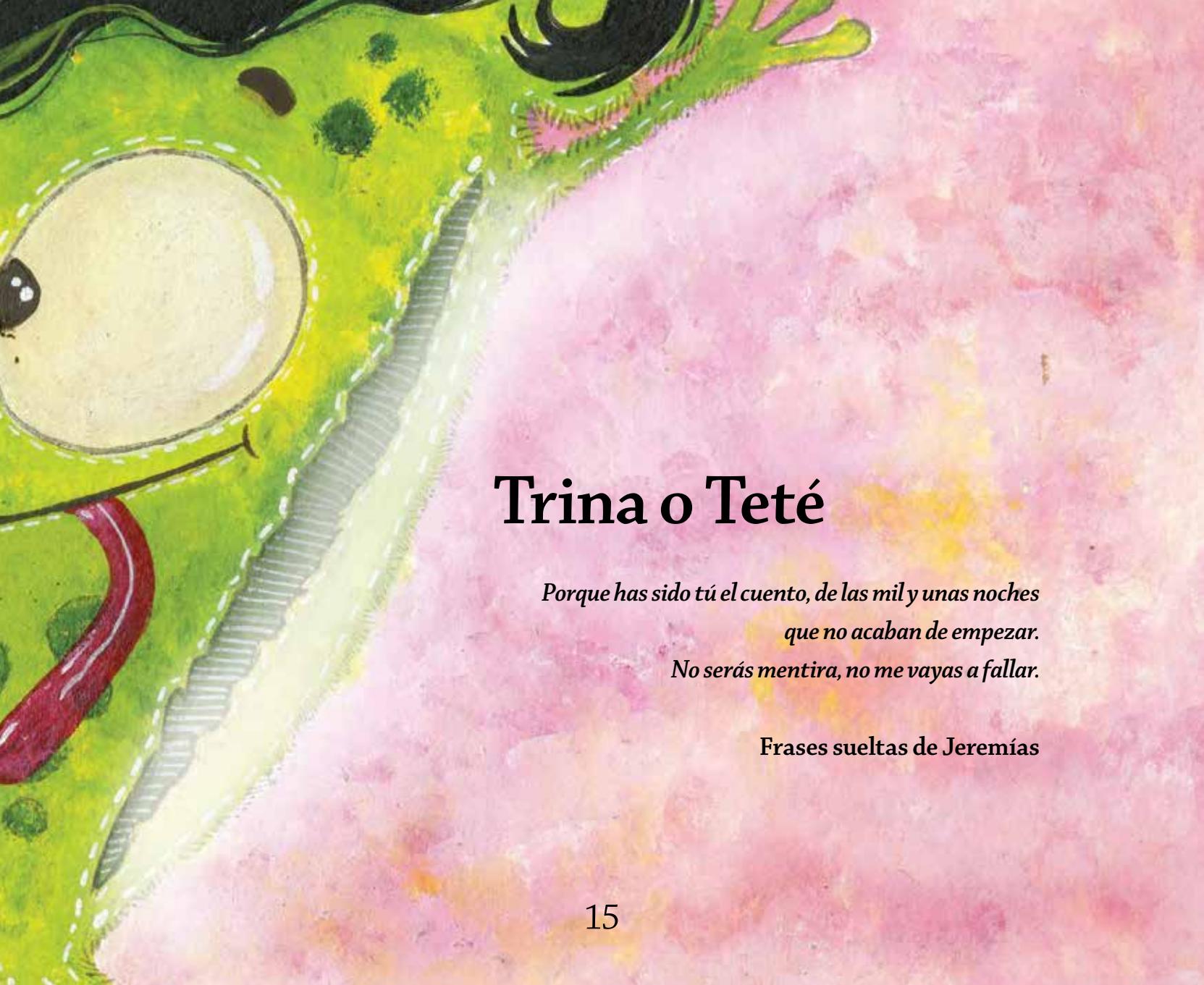
—Don Quijote de La Mancha —me respondió con rabia la gordita pelirroja.

—¿Y tú quién eres? —preguntó, mientras la de las charreteras me veía con curiosidad.

—Yo me llamo Trina y me dicen Teté.







Trina o Teté

*Porque has sido tú el cuento, de las mil y unas noches
que no acaban de empezar.*

No serás mentira, no me vayas a fallar.

Frases sueltas de Jeremías

Todas estas son las recomendaciones de mamá en eso de conversar con gente que no conocemos. Puro terror urbano, abono de temores y desconfianza.

—Mira, hija, tenga cuidado cuando ande por allí, mire que se están robando las niñas como de su edad para vendérselas a los depravados que hacen con esas criaturas cada barbaridad... Nada de hablar con extraños, qué sabe usted si le dan burundanga, acuérdese de lo que nos contó Esbery's cuando estuvo de guardia en el hospital, las dos muchachas que llegaron violadas por estar bebiendo con muchachos que ni conocían... Un compañero me contó que en Paraparal se robaron un muchacho para sacarle los órganos.

Bueno aquí le tengo esta perla: Teté, la precavida, está de lo más ingenua ella, contándole su vida a esas dos extrañas:

—Me llamo Trina y me dicen Teté, sin temor me confieso, con o sin cliché, una joven soñadora... me encanta crear e imaginar. Mi casa es una biblioteca, está llena de libros de todos los títulos, de todos los colores, de todos los tamaños, de todas las historias y de todos los sabores; mi casa está llena de música vieja y actual, está llena de letras, llena de muebles viejos, tallas de madera, muñecas de trapo... y cada cosa tiene su cuento.



Y continúo:

—Mi cuarto está lleno de sapos, no se asusten, son de tela, peluche, plásticos, de madera, son mis animales favoritos de colores, de saltos, de risas. Me gusta oír a los de verdad cuando voy a la casa de la abuela porque desde el piso diecinueve es imposible escucharlos. Mi cuarto también tiene su novela, de sueños físicos y etéreos; claro, no pueden salvarse los amores prohibidos, con cliché

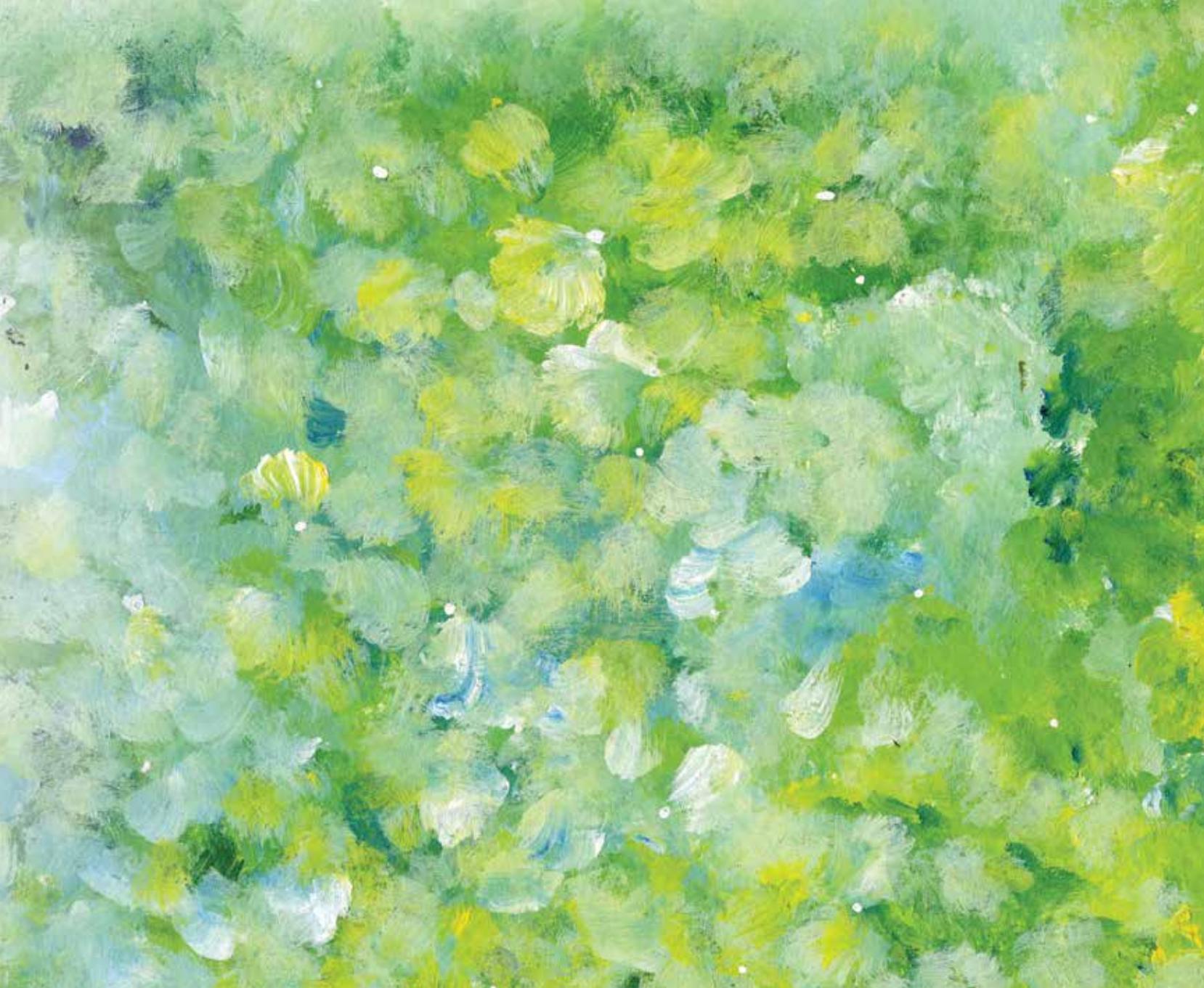


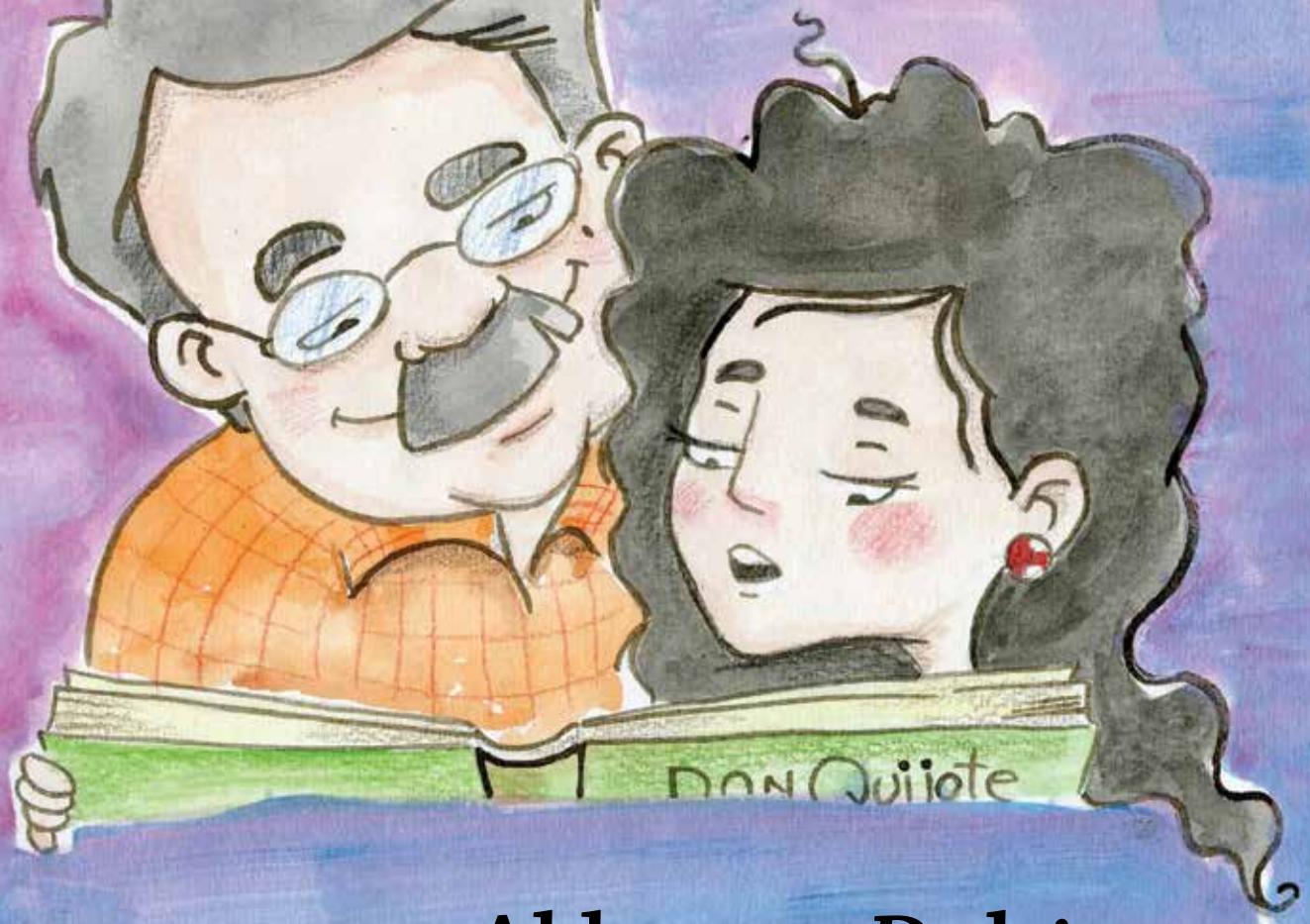
o sin cliché, mi cuarto tiene mil cuentos inventados, pero muy reales. En mi cuarto de novela viven mis personajes que me obligan a escribirles para que no se olviden de ellos. También tengo varios espejos, pero ninguno dice la verdad, en uno me veo flaca y esbelta; en otro, me veo gorda, pero muy gorda; y el otro está lleno de recortes de concursos, de fotos, de “Tengo examen de...”, “Me vino el 26 de agosto”, de mensajes como: “Papi, fuimos para la casa de la tía, regresamos tarde. Te amamos”. El problema con los espejos es grave... mi mamá me dice que estoy gorda cuando yo me veo flaca... sí, un poco bajita pero, como siempre, digo: “No soy enana, sino reducida”. Soy una tigrera con melena (por los grandiosos Tigres de Aragua, el mejor equipo de béisbol), pues tengo los pelos rizados y alborotados, pero siempre los domino con dos crizne-jitas que me caracterizan. Yo soy un sapo, que al no tener alas y saltar tan bajo, decidí escribir para alcanzar el cielo.

Y también les conté mi lado verdeoscuro:

—Quiero las cosas ya, esperar me inquieta, soy un animal de eterna cacería, pero sin la paciencia del gato, me tocó vivir en la época cuando nadie se cuida de decir cualquier cosa delante de los niños, heredo con facilidad las angustias del mundo, tanto, que siento agua o fuego dentro mi cuerpo. Tengo un noticiero de sucesos en mi intuición, un *déjà vu* que se repite en mis días, me repito en

alguien que dejo. Alguien dijo que soy un alma vieja, me imagino que por eso, a los siete años, mis padres me llevaron al endocrinólogo, me hacía mujer temprana, aunque mi cuerpo se resistió a crecer y me quedé bajita, como me ven. Pero amo lo que me pasa, porque puedo conversar con ustedes con la libertad que desarticula al tiempo, tan solo para encontrarnos, para descubrirnos en esta plaza... no sé, las reconozco sin ubicarlas en mis afectos reales, ¿ustedes no son de aquí verdad?, ustedes no me asustan, creyeron no verme, quisieron no conocerme, piensan que no las veo. Soy Trina y me dicen Teté... y ¿ustedes quiénes son?...





Aldonza o Dulcinea

*Siento que soy una mujer
a quien no me parezco,
me busco en los ojos de los demás
para poder encontrarme
como de verdad soy
o como quiero que me conozcan.*

Teté

—Soy Aldonza, gordita y real; sí, ya sé lo que estás pensando: “¡Igualita a como me la imaginé!”.

—¿Qué? ¿Esta es Dulcinea? Estoy, una vez más, otra vez sentada viendo cómo más personas me leerán como alguien que no soy; estoy aquí viéndome pasar en esas manos que aún no sé cómo me verán ¿¡Qué le pasa a Quijano!?, piensa que puede ir por el mundo cambiando a todos, porque así es como a él le gusta. Pues no, él debe aceptar la realidad, a pesar de que su mundo sea mejor.

Pensé, dudé:

—Aldonza, Aldonza, ¡ah!, ¿la mujer del Quijote, no de Quijano, la de Miguel?, me persigue, el Quijote me persigue. Sentí temor, pero no miedo, he aprendido a

diferenciarlo, sobre todo en las noches de mi cuarto sola. ¡Ah!, ya entiendo, ella vino a ver cómo todo esta gente se está llevando el libro *Don Quijote de La Mancha*. ¿Se acuerdan cuando distribuyeron un millón de textos en las plazas?".

—Disculpe, Dulcinea, perdón Aldonza, cuatrocientos años del Quijote han puesto a más de uno de cabeza, debería de sentirse feliz que más gente puede descubrirla y conocerla...

—¡Descubrirme, mija! Eso suena a *miss*, conocerme, ¿y cómo?, si esa que está allí descrita, flaquita y delicada, ¡no soy yo!

Aldonza, la propia, la original, la musa, la que en muchas ocasiones necesitamos ser reflejadas en ella; Aldonza, ella, la mujer, la del síndrome premenstrual, con problemas de peso y hasta pudieran ser hormonales, con una crisis de identidad universal, a mi lado en vivo y directo...

—Señora Aldonza, aunque el Quijote la haya cambiado, de una forma u otra, la amó.

—Él no me amó, amó a esa figura creada, a ese alguien por quien luchaba y no sabía por qué. Él no me amó, amó más su locura y sus ganas de pelear, amó tanto sus palabras absurdas y su lenguaje de caballería que se le olvidó qué era amar. Amó más a esa figura, que nunca nadie pudo comprender por qué la llegó a amar.

¡Dios mío!, si yo pusiera estas palabras en un examen de Castellano, seguro me rasparían. Bueno, cómo se debe decir para que suene estético, me aplazarían... Esto se está poniendo bueno.

—Aldonza, y perdóname que te tutee... te confieso algo, los críticos son la última palabra, y por allí dicen que tú eres el ideal del amor, si quieres pregúntale a la gente que está por aquí.

—De verdad que tú sí eres ingenua; ¿tú crees que toda esa gente va a leerse el Quijote?, fíjate en aquella de licras blancas con la bolsa de tomates; ¿tú piensas que esa tiene pinta de leerse ese libro lleno de letras?, claro, como dicen por allí: de lo regalado hagamos fiesta, y aquel gordito de lentes —refiriéndose a mi papá—, ese lo usará de almohada para ver la televisión mientras se echa unas cervecitas.

Escalofrío, el propio escalofrío. Decidí contarle a Aldonza cuando mi papá —el gordito que está haciendo la cola para tener otro libro más— me sentó a su lado y me leyó por primera vez: “En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...”. Era un libro viejo, grueso, amarillo, de muchas letras y pocas ilustraciones, ¡con unas palabras más raras!

—Papá, ¿tú me vas a leer todo este libro?, ¡qué fastidio! ¡Más vale que no!

—Mire, Teté, este es un clásico de la literatura universal, el padre de la literatura castellana, el *non plus ultra* de lo que se ha escrito, quien no conozca este libro es un ignorante y... —blablablá.

Aldonza, la señora de las charreteras (puro ver y no hablar), y yo nos reímos de lo más divertidas.

—O sea, que ¿tú sí has leído *Don Quijote de La Mancha*?, yo jamás me hubiera imaginado que esta niñita de dos criznejas, las manos llenas de pulseras de cueritos, pantaloncitos y franelas deportivas, zapatos de goma, zarcillos de india, y cara de “yo no fui”, se haya leído el Quijote. De plano te digo: no te lo creo, tú eres una reducción de libro de bachillerato, puro P.N.I., caricaturas de suplemento, sindéresis, resúmenes...

—Bueno, ¿y que té pasa gordita soberbia y engreída? Con razón Miguel te regaló el Quijote de otra manera, porque tú sí es verdad que hubieras tenido sometido al pobre Quijano.

Me sentí infinitamente incómoda.

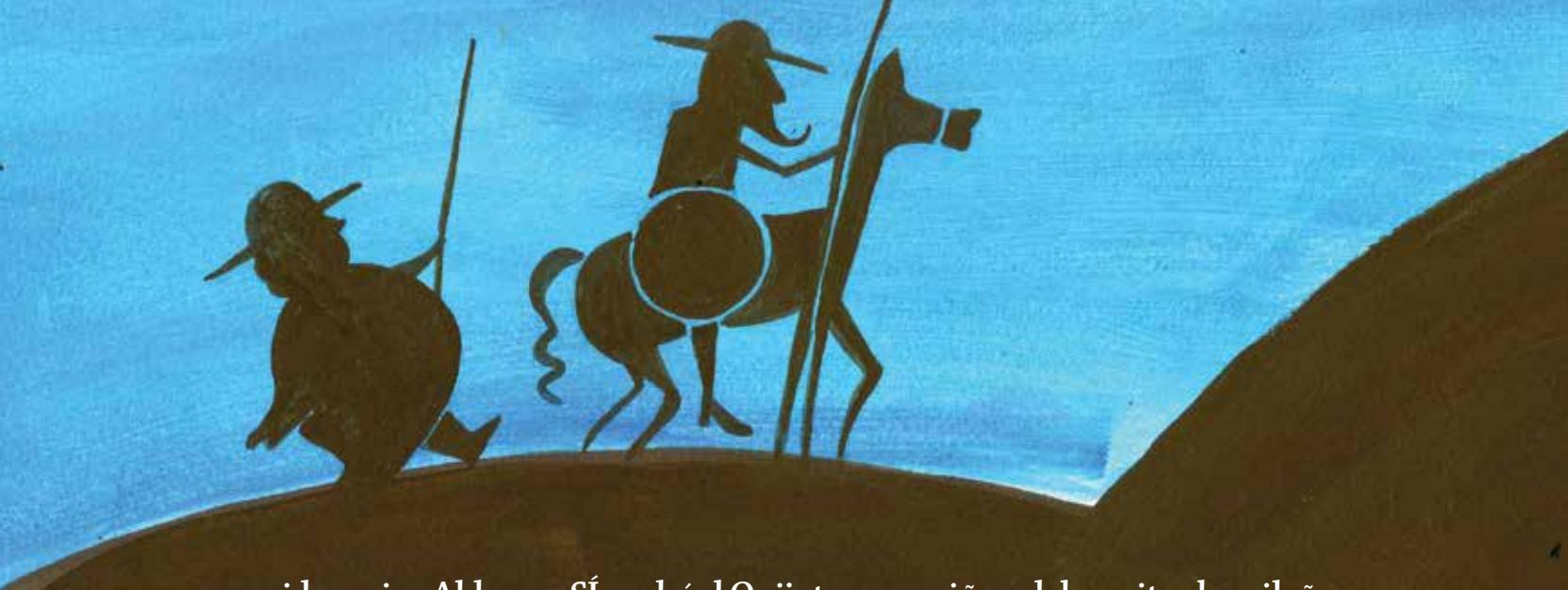
—¿Sabes?, yo también tengo mi cuento, de mí se han inventado mil Tetés, igual que de ti mil Aldonzas o Dulcineas. Yo me he ganado algunos concursos



literarios infantiles y juveniles, a mí también me meten en unos conceptos ¡que ya les digo! No falta quien diga: "Pero qué niña tan inteligente, te la debes pasar leyendo. ¿Ya te leíste todos los clásicos? : *La Iliada*, *La Eneida*, *Los Nibelungos*, *Hamlet*, *Crimen y castigo*, *Los miserables*, *Sueño de una noche de verano*, *El retrato de Dorian Grey*, *El lobo estepario*, *El Cid campeador*, *El príncipe y el mendigo*, *El Ulises*, *Bodas de sangre*, *Yerma*, *Piel de zapa*. ¿Y de la literatura hispanoamericana? ¿Ya te leíste *Cien años de soledad*, *La casa verde*, *Doña Bárbara*, *Las lanzas coloradas*, *Rayuela*, *Dejemos*

hablar al viento, Las peras del olmo, Nocturno, Los perros del Paraíso, La enfermedad, La casa de los espíritus, Chamario y País portátil... Y decido, hoy y siempre, contarles a ustedes y a Aldonza y a la de charreteras silenciosa que NO, que no me los he leído, que escribo mucho en un cuaderno con algunos errores que mamá corrige, con un: “¡Niña, Andrés Bello debe estar revolcándose en su tumba!”. Tengo un corazón, como les dije, con un satélite, que me hace contar lo que yo misma observo y siento, las palabras salen, se dictan solas, tengo un saco lleno de imágenes que tejo a mi manera... Y sí leo, ¿cómo no voy a leer?, si mi casa está llena de libros. Una madrina que compra todos los periódicos, de un bando o de otro, la vida me rodea de personas que sollozan palabras. Tengo unos amigos maravillosos con una imaginación y cien maneras de hacer reír y llorar, de volar, de jugar y querer, me enseñan que somos el hoy y no el mañana, y tan solo por eso nos aferramos a vivir. Tengo un colegio mágico donde me enseñan a crecer, a elevarme sobre las diferencias de unos grados, de un color de piel, de un “tienes más que yo en dinero e inteligencia”. Todo el mundo se conoce, en mi escuela me siento como un pájaro, me siento libre para crear, imaginar y, sobre todo, vivir. Me gusta escribir, igual que a toda mi familia, el problema es que escribimos para nosotros mismos. Tengo una familia loca, pero no se preocupen, solo es de la cabeza para arriba. Tengo una

mamá maestra de preescolar, mi correctora de estilo: “¿Qué pasa con todos estos verbos en gerundio!? ¿Y el pasado y el futuro?”. Bueno tengo problemas con los tiempos verbales pero a mí lo que me importa es el presente. Tengo un papá sin más oficio definido que la magia de escribir montones de poemas y cuentos que se las pasa enviando a todos los concursos literarios, que se mete en mi correo a buscar su esperanza, pero también a descubrir mis “intimidades Microsoft”. Mi mamá siempre me dice que escriba, que siga escribiendo porque si no seré igual a todas las niñas, pero no entiendo cuál es el problema de que sea igual, existen muchas personas iguales y que escriben hermoso, dibujan, cantan, bailan, modelan y hasta actúan. El problema es que ellos y su familia no hablan el mismo lenguaje, mientras su papá es arquitecto y su mamá doctora, con tanto trabajo y con poca presencia ¿quién les va a decir que escriban? Como si las profesiones se heredaran: van naciendo de familias de abogados, médicos o de nada, “como en mi casa no se lee ni se escribe yo tampoco leo ni escribo”. ¿Quién se ha dado a la tarea de decir que para ser literato hay que llevar lentes, una falda largota y los pelos largos y enrollados —aunque yo los tenga—, que se debe estar leyendo todo el día y escuchar solo música clásica? Con razón estás dudando de todos nosotros y de la capacidad que tengamos de leer; claro, como no tenemos la pinta. Pues mi



querida amiga Aldonza: Sí me leí el Quijote, para niños, del escritor brasileño Monteiro Lobato, y pude encontrarte en cada página y esto que nos está pasando no es casualidad porque tú me estás hablando y yo solamente escribo. Ahora Aldonza... ¿tú sentiste amor por alguien?

—Discúlpame, Trina, por guiarme por la portada y el grosor del libro, actué igual que todos, por eso la gente no se lee el Quijote, se guían solo por las apariencias, pero si vieran adentro descubrirían un mundo nuevo. Pero existen otras presentaciones como las que entregan hoy, alguien se la leerá, incluso la señora de la bolsa de tomates. Retomando tu pregunta: sí amé, claro que sí, yo siento amor por Miguel de Cervantes, él es el amor de verdad, no es imaginado, él es un amor que no invento; él es ese amor que busco y encuentro; él mi amor, el

que sí podría ser amor. Pero...¿qué puedo hacer? Si Miguel ha tenido esposa y la dejó por la misma razón por la que el Quijote me amó. Tal vez el amor destruya y a la vez una.

Somos dos mujeres hablando del amor. El Quijote me persigue, Orlando Conde me regaló en un CD su entrevista con Miguel de Cervantes, allí conocí a Catalina la esposa de Miguel, sé a lo que se refería Aldonza.

Y le pregunté:

—Tú no crees, Aldonza, que puedes ser la esposa de Cervantes, pues pienso que él te escribió para no olvidarse de ella. Creo que su esposa Catalina era una Dulcinea que él veía como una Aldonza, es decir real.

—Es cierto, tal vez yo sí sea Dulcinea, esa mujer hermosa y orgullosa que se pasea entre miradas indiscretas. Quizás yo sí sea así pero me escondo en alguien que no soy.

—No te entiendo Aldonza, hace unos minutos estabas brava porque el mundo te iba a conocer como no eres de verdad y ahora estás feliz diciendo que te aceptas como Dulcinea.

—Te lo voy a explicar mi niña, tal vez, solo tal vez, la locura del Quijote me hace ver a través de sus ojos esto que yo llevo por dentro; Cervantes me descubrió como en verdad soy, me sacó de este mundo acartonado para mostrarme y mostrarle al mundo lo que es mi verdad. Creo que el Quijote no está loco, los locos somos nosotros que nos escondemos en figuras que nadie conoce pero que todo el mundo sigue, tal vez el único cuerdo en esta sociedad es el Quijano, ya que fue el único en encontrarse como en verdad es. Él flaco y desgarbado soñador, gran lector, valiente... y yo gorda, pelirroja, agricultora y con mal humor. Se convierte en un hombre fuerte y musculoso, caballero justiciero, salvador del mundo, imagen que muchos quieren seguir pero hay que tener el coraje de ser; y yo, una simple mujer capaz de ayudar al Quijote a ganar sus batallas, no solo le acompañó Sancho, sino que estoy con ellos también luchando... en presente, siempre en presente, ya que nosotros nunca morimos.

Habla el presente, no solo se escribe el pasado, en ellos existe un hoy que va dibujando, mientras nosotros solo recordamos nuestros “buenos tiempos” en el pasado.

La plaza gomera, con maquillaje de todos los tiempos, junto con empleados del Ministerio de la Cultura y del Conac envuelve la esperanza de que el Quijote se enrede en alguna de las manos que hoy lo alcanzan...

Me encanta tener a una amiga como Aldonza, es como conversar con Jessica, tan loca y cuerda a la vez, me gusta mirarla en este diálogo mientras charretera silenciosa observa a la gente en esas filas con sus raspados, melancólica, ausente de palabras.

—Aldonza, te entiendo, somos nosotros los locos, aunque nos la tiremos de cuerdos, disfrazados por la calle buscamos la aceptación entre miradas locas de sociedad.

Somos locos que nos copiamos de aquellos locos que nos quieren volver locos.

Aldonza ve a toda la gente bajo ese sol caliente y amarillo de Maracay, está feliz de que nadie pueda reconocerla. Me mira, sus cachetes rosaditos y gordos no pueden albergar arrugas, a pesar de sus 400 años.

Me dice con ternura:

—Así es, mi niña, hoy después de tantos años, brava con el Quijote por su locura, me doy cuenta de que es a mí a quien tienen que llamar loca. Miguel mostró la mujer que siempre quiso, soy su realidad y el Quijano resultó ser nuestro cómplice en eso de ponerle ideales al amor. Si pueden, escuchen mi suspiro de amor sin tiempos verbales.

—Dulcinea, perdón Aldonza, ¿será que en este mundo y en esta época habrá un Quijote en algún lugar de La Mancha?

—Sabes Teté —contestó muy animada Aldonza—, no importa el lugar de La Mancha, sino lo que hacemos para encontrarla, pues creo que siempre existe un Quijote en cada uno de nosotros y si lo dejamos salir junto con Rocinante podremos encontrar y entender a este mundo tan loco que necesita de sus quijotes.

Entiendo cada vez más a mi amiga.

—Aldonza, si en cada uno de nosotros vive un Quijote, ¿también vive un Cervantes?

—Claro, chica. Ellos parecen los mismos, pero es conveniente que te fijes en sus bigotes, tú sabes, cosas de la ficción, Miguel de Cervantes escribe el Quijote para mostrarse ante la sociedad. Miguel, guerrero de Lepanto, manco, preso, escapado y conseguido, se presenta ante el mundo totalmente cuerdo, por





eso se inventa al Quijano para que
pueda hacernos entender cuán locos
estamos, y el Quijote es su ilusión...
de cualquier forma, mi Miguel es un
eterno adolescente. Me encanta que
Cervantes sea un adolescente como yo y
como todos los jóvenes que estamos en
esta plaza, conversando, buscando un
libro, leyendo, estudiando y hasta
conquistando a algunos corazones,
tenemos el humor como arma.

—Aldonza, ¿qué
piensas de nuestra juventud?

Se queda mirando a
las muchachas con sus camisas
pegaditas y de ombligo afuera,
llevando sol, en la cola, unos
repartiendo libros, otros...



—No son tan diferentes a como me los imaginé, esta juventud es muy parecida al Quijote, sin miedo a luchar, sin miedo a encontrarse, sin miedo a lo nuevo y, lo más hermoso, no le tienen miedo al amor. Son tan libres y llenos de alegría, esconden el miedo, matan con el silencio, y hasta llegan a fulminarse con la palabra. Creo en la juventud que nadie cambia, piensan en el hoy, no les importa

el mañana; total, falta poco o mucho para que llegue, les importa mañana muy poco el ayer; su frase, “eso ya pasó”... Se aferran a vivir o a morir, son tan ellos, y tan nuestros que se envuelven en todo, tanto, que hasta pueden convertirse en nada. La juventud al igual que el Quijote no acepta caminos construidos, ellos mismos llegan y van cosechando el suyo, tengo mucho temor, estoy preocupada, tengo miedo a que no me lean... tú sabes. ¿Leerán estos jóvenes el libro?

Aldonza tiene miedo al fracaso, de perderse entre líneas, el anonimato, total, ni Aldonza, ni Catalina, ni Dulcinea, nada, ella puede convertirse en un libro olvidado... Aldonza, adolescente sin su grupo para identificarse, y como buenas amigas, le digo:

—Aldonza, ¿a qué le temes? No te des mala vida, mucha gente quiere aprender del Quijote, de Quijano, y de Dulcinea, Miguel lo escribió para él y para ti. Total, nosotros los lectores hacemos lo que queremos con esos escritos. Los leemos, los cambiamos, hacemos adaptaciones, y te digo, entendemos todo lo contrario a lo que pudiera haber escrito el autor; usamos nuestra realidad para entender la historia, y cada persona le encuentra su propia magia al escrito, y como dicen: “Ni esto ni lo otro, sino todo lo contrario”. Te cuento, al leer, cambiamos las comas, colocamos otros acentos, utilizamos nuestras palabras

y terminamos entendiendo lo que nos da la gana. Aldonza, no te preocupes si la gente te va a leer o no, quien te lea lo hará porque quiere y porque le gusta, y lo más hermoso es que lo disfruta, nada debe ser obligado, ya que así, no te hace feliz y no te ayuda a aprender, no te ayuda a crecer ni a vivir, solo te deja sin salidas y seguirás el rumbo que te están imponiendo... No te angusties, quien te lea lo hará con el corazón y te verá como tú quieras que te vean, ya que le hablarás, no vas a dejar que se salga de la lectura, porque al sentirse libre, la lectura le atrapará y le dejará soñar...

Aldonza vuelve a sacar su rabia; me recuerda a Poncho mi hermanito y su fracasada clase de fútbol.

Más roja por el calor y la frustración, comenta con voz de maestra regañona:

—Teté, acuérdate, yo soy de una época... aprendí a leer a través de Miguel, cuando me conoció era tan joven, bueno, sigo siéndolo, no puedo envejecer, pero me formaron para la familia, poca diversión, eso de las confusiones hormonales, ni pensarlo, y cambiar de novios no era permitido. Soy una joven que debe permanecer adulta sin consultas ni orientaciones... ¿te imaginas?, una sociedad donde no puedes elegir, aprender, hacer; solo debes cumplir, y con esa manía de bella dama, ¡te podrás imaginar!... ¡¡¡bueno, chica!!!, ¡¡¡Qué Dulcinea no soy yo!!!

Ese amor que me regala Miguel no me salvó del amor impuesto y conveniente, tú sabes: que si el apellido, la hacienda, el dinero, lo culto, lo bello, lo ético... veo que ahora ser mujer es ser más libre, esos peinados raros, las canciones tan extrañas, los pírsines en la nariz, en el ombligo, las veo que viven y dejan vivir, los siento agrupados por modas, preferencias, lenguajes... pero ¿libros?, eso sí no veo mucho... tú no te estás dando cuenta de que podré desaparecer en cualquier momento.

—¡Aldonza, libera tu Dulcinea! —exclamó (por fin) con un grito, más parecido al cansancio, la mujer de las charreteras doradas.

Quedamos confundidas al ver cómo se rompía el silencio de aquella muda que solo oía y que nos dejaba contar sin interrumpirnos.

Fuimos nosotras en ese momento las que nos quedamos sin palabras ni aliento, sin respiración, ni nada que decir, solo mirarla con ojos confundidos y caras de asustadas.

Ella se empezó a reír, con carcajadas regañonas y nosotras, un poco confundidas también, aunque ninguna de las tres sabía por qué lo estaba haciendo.

La señora de las charreteras se paró y se arregló su vestido perfecto pero lleno de dolor y de lucha; su vestido estaba repleto de amor pero diferente al que nosotros estábamos conversando. Mientras se sacudía salían cartas y cartas



muy viejas que llevaban allí unos cuantos años; salieron también varias peleas, uniformes, rifles y hasta un zarcillo.

Y no dudé en preguntarle para salir de dudas:

—¿Y tú cómo te llamas?

Somos ella

*Con su hoguera de miedo
con su todo es ahora
con su nada es eterno.*

Frases sueltas de Sabina

—Me llamo Manuelita y me dicen la “Libertadora del Libertador”, y yo soy así como me ven, callada, sola, me gusta escuchar y, sobre todo, escribir cartas de amor y de guerra. Me gusta vivir peleando y luchando por lo que quiero, por lo que creo justo y por mí; veo las cosas a mi modo, no me importa lo que piensen

de mí y soy de esas que dicen: “Lo hago todo por amor al amor y a la guerra”. Me describen como apasionada, valiente, culta, hermosa, temeraria, entregada.... Pero no soy así, todavía falta mucho por vivir y decir, el problema es que no tengo palabras ni tiempo y me tengo que resignar a escuchar conferencias, exposiciones de colegios, discursos, libros, cartas... de mi excelencia el Libertador, a distinguir si en alguna parte lo veo vivo.

Así que esta es Manuelita, la guerrera, la luchadora, la fuerte, la valiente, la macha; como dirían los maracuchos, “la vergataria”. No sé qué era ella del Libertador: ¿la novia, la amiga, la amante, la esposa, el empate, un amor pasajero?

Y en ese momento pensé en aquel amor de dos personas tan parecidas que se hacían diferentes y solo pude preguntarle:

—Manuelita, pero si tú eres una de nuestras libertadoras, ¿por qué no hiciste algo para liberar el amor que en ese momento estaba preso?

—No lo sé, tal vez era por la sociedad de aquel entonces que me obligaba a comportarme diferente y a vivir como ellos querían; quizás fue por miedo a que me rechazaran y me usaran, o porque soy adicta al sufrimiento y a vivir lamentándome por lo que dejé de hacer.

Quizás esa Manuelita que nos proyectan en los colegios no sea la misma que veo ahora: esta es un reflejo de aquello que se quedó atrás y no volverá.

—Manuelita, me podrías decir ¿cómo fue tu amor?

—Mi amor, mi amor —decía un poco dudosa—... fue algo diferente al amor que debía ser en mi época; mi amor me robó el corazón y me enseñó la verdad más sencilla de la vida: el sentir amor a mi manera; nada de sublime, había pasión, mucha fuerza y ganas de luchar por lo que amo y quiero. Vivo para pelear y hacerme respetar, tengo un mundo de sentimientos encontrados; mi amor está lleno de rabia, dolor, juventud, de presente y de futuro. Viví en un tiempo de lucha y de batallas, me tocó ser un blanco de malas caras y habladurías, viví una historia, no muy parecida a las demás, y por eso creo que hizo se leyenda. Yo, Manuelita, viví para él y también para mí, a pesar de que sabíamos que era un amor de cruzadas y de pocos encuentros. Sentí y dejé todo por él, lo dejé para luchar no solo por la libertad sino para mostrarle la clase de mujer que soy, y solo me quedaron sus cartas tan llenas de él y de mí que nos volvimos uno. Pero se alejó, igual que todos los hombres de las historias de Aldonza, se alejó para luchar, se alejó por la libertad, por las batallas y por eso era el más grande hombre y también su reputación de luchador.

Manuelita está brava, sí, muy pero muy brava, parece que se está volviendo loca, mueve sus manos, sus brazos, su larguísima cabellera se despeina y de su vestido sale agua como enormes lágrimas.

—Y dime de qué me sirvió todo esto, terminé mis días desterrada en alma y cuerpo, sin amigos, sin familia, sin dinero, sin patria, todo el mundo en mi familia se enfermó y yo veía pasar por mi ventana aquellos enamorados felices. Si supieran lo que les espera no andarían con esa cara de bobos.

—Manuelita, cálmese que le va dar algo, y no creo que se quiera morir de nuevo.

—¡Ay sí!, muy graciosa la niña, todo el mundo se pone brava aquí: tú, tu hermano, Aldonza, Dulcinea... y yo, ¿qué pasa conmigo? ¿Tú crees que yo no tengo sentimientos?, ¿cuál es el abuso y la discriminación?, claro como todo el mundo especula que yo soy una mujer fuerte y que siempre marcha con una cara perfecta y con una sonrisa, piensan que no me voy a poner brava. Pues se equivocan, yo sí me pongo brava y si quieren le preguntan al Libertador, su excelencia, si es que lo ven algún día. Grito para que todo el mundo sepa que también tengo derecho de ponerme brava.

Aldonza y yo nos miramos escondiendo algunas risas y mirando como poco a poco se iban secando las lágrimas. Ahora lo que salía del vestido era

fuego, mucho fuego, parece como si quisiera demostrar quién manda aquí. El silencio de Manuela se cortó y desprendía de su corazón esa rabia, y como ella dice, esos sentimientos encontrados que fueron los que la hicieron morir.

Después de un rato de solo mirarnos muy confundidas y que se le bajara el fuego al vestido y al corazón de Manuelita, quise hacerle una pregunta como si nada hubiese pasado:

—Manuelita, ¿cómo eres tú como mujer?

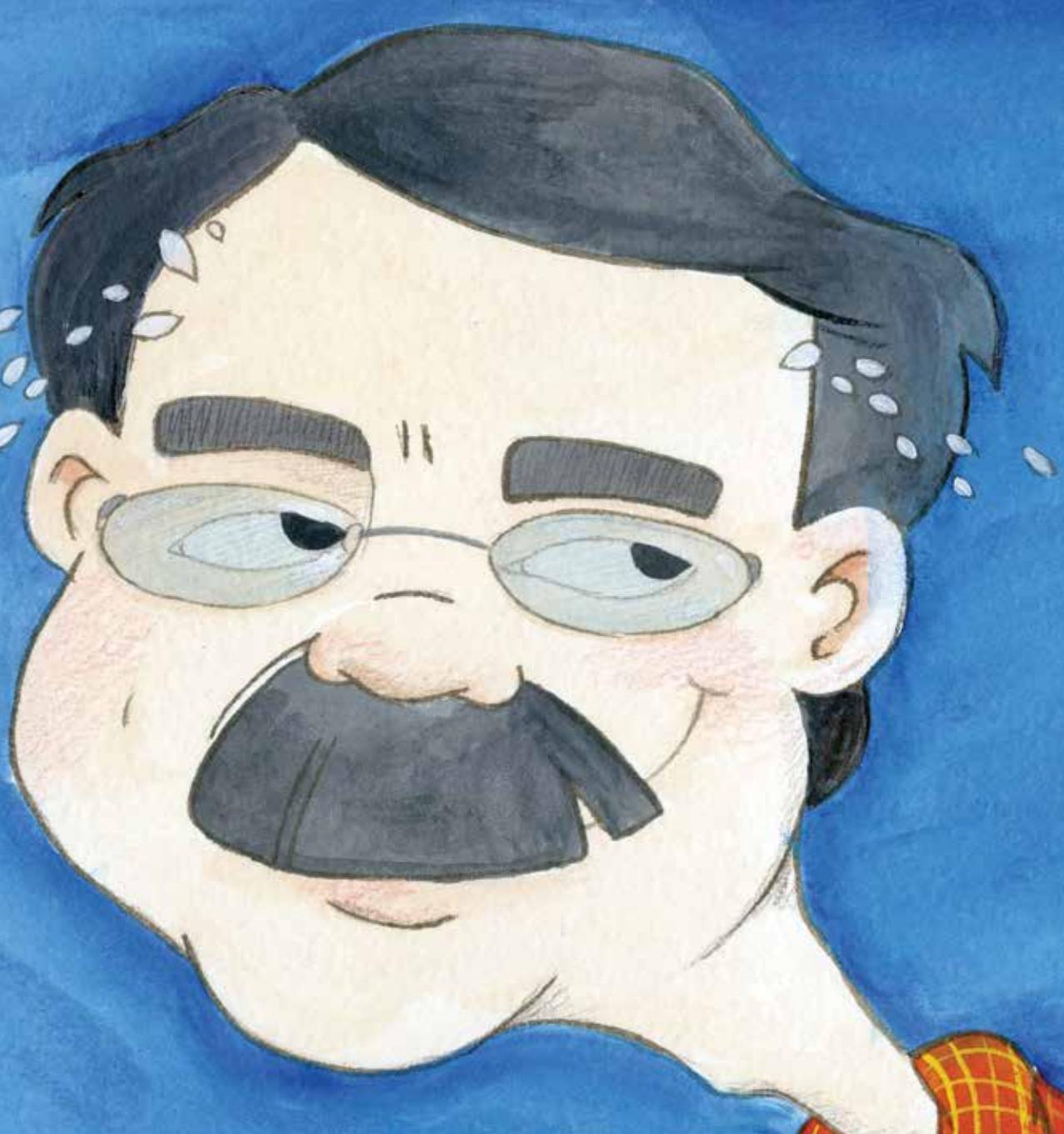
—Soy igual a todas las demás, el problema es que me han planteado al mundo como no soy, ese es el bendito problemita: la sociedad, los escritores, los historiadores y hasta los lectores, nos trazan como a ellos les conviene y así es como una termina cambiada y se convierte en lo que ellos quieren. Soy igual a cualquier mujer, me gusta que me quieran, me gusta coquetear, coser, pintarme, me encantan los vestidos y, como todos ya saben, me gusta el amor. Creo que lo único que me diferenció de las demás en mi época era leer, escribir y batallar, y fue esto y una gran amistad lo que me unió a Simón; él me regaló varios libros y muchísimos eran clásicos, uno de los que más recuerdo es *Don Quijote de la Mancha*. Sí, Aldonza, aunque te sorprendas, y tampoco creas que no te leí, yo sí lo hice. Se me pareció tanto a Bolívar que escribía en mi diario todas sus locuras y de su parecido con mi excelencia, su orgullo, su amor

por las batallas y por la lucha, su lenguaje de caballería era parecido, era como si Cervantes hubiese viajado en el tiempo y se hubiese encontrado con mi excelencia. Aldonza, yo no sé de qué te quejas, tú fuiste amada como mujer, te dedicaban las batallas, luchaban por sobrevivir para estar contigo... y solo te quejas de ese amor que todas quisiéramos tener.

—Manuelita, si el Libertador se parecía al Quijote, ¿te amó igual?

—¡No, vale! el amor de Bolívar era como un tiempo por delante, siempre me pedía paciencia, que me esperara, yo soy una mujer que no tiene respuesta inmediata, siempre tengo que esperar a ver lo que pasa o lo que me van a decir, siempre tenía que esperar con el corazón en la boca después de cada batalla, el tiempo se volvía infinito para que me respondiera mis cartas y solo esperaba con ilusión, aquellas palabras que me hacían temblar y llorar. Soy una mujer apasionada y vengativa. Esos dos sentimientos se funden en mí y es lo que me hace pelear, defenderme y defenderlo a él. Esas emociones son armas letales que me hacen perder el control y ser así como me ven, soy una mujer al lado de un reloj esperando la hora de una respuesta.

—Manuelita y ... ¿qué hubieses hecho tú con un celular? Me imagino que Bolívar hubiese tenido que apagar el suyo.



—Otra vez te pusiste graciosa. Pero esa fue una gran pregunta, quizás no hubiese sido como soy, el celular me hizo falta en algunas ocasiones pero no en muchas, el celular le ha prohibido al mundo la espera, por eso ahora son tan apurados y hay tantos accidentes, le ha hurtado lo romántico y lo especial a las conversaciones. Ese aparato es de un alcance que los ha debilitado y estresado; las personas ya no se miran, ven esa pantalla que les absorbe la mente. Pero no es tan malo, aunque prefiero las cartas, son más románticas y especiales. Las llegas a escribir con el aliento y lo mejor es la espera de la respuesta, cada minuto te come el alma y el cuerpo y te deja sordo, ciego y mudo hasta su llegada, espero que nunca se pierda ese sentimiento tan único y tan exclusivo.

De repente Aldonza nos interrumpe con una pregunta fuera de tema, pero muy buena.

—Manuelita, ¿qué títulos te han dado?, ya que siendo del ejército patriota debes haber subido de rango ¿o me equivoco?

—No, Aldonza, para nada. Sí he tenido varios títulos, pero de nada me sirvieron porque terminé siendo “ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario”. De reina de Magdalena —o sea, mi pueblo—, pasé

a ser caballeresa de la Orden El Sol del Perú —me oyera el Quijote— pasé a matrona, de soldado a suplicante, y de coronel que manda terminé haciendo mandados. No me sirvió de nada esto, igual terminé destruida, desterrada, arruinada, desvastada en cuerpo y alma y no solo yo sino toda mi familia.

Yo, un poco confundida con la respuesta anterior, investigué:

—Manuelita, ¿tú tenías amigos?

—Bueno, ¿amigos, amigos?, no lo sé, ya que los amigos que tuve eran los amigos de Simón. Entonces no sé si son mis amigos o era una obligación serlo. Pero había uno de ellos que no me gustaba mucho, era Simón Rodríguez, ya que fue él quien le metió esas ideas de libertad, de batallas, de luchas y por él Simón estaba pendiente era de pelear y no de mí. Creo que Rodríguez era otro Quijote o más bien un tonto que a los ochenta y tres años revive épocas.

—Manuelita, pero... ¿de qué Bolívar te enamoraste tú, del tranquilo en su casa o el que estaba en la calle luchando por sus ideas de igualdad?

—Yo estaba enamorada de aquel hombre que amaba lo mismo que yo, que luchaba y encontraba por qué hacerlo, yo me enamoré de aquel hombre que soñaba con libertad e igualdad.

—¿Y no crees tú que si Simón Rodríguez no hubiese sido profesor de Bolívar él hubiese sido ese hombre que tú amaste?

—Yo sé que no lo hubiese sido, pero es tan difícil aceptar que mientras más te rechazan, tú más amas a ese alguien y mueres por ser suya o suyo; que mientras más te golpeas tú sigues intentando y más te duele, no es justo amar a alguien que según te ama, pero no te da una oportunidad.

—Pero, Manuela ¿tú de verdad lo amas o es que estás, como dicen los pavos, “picada”?

—Yo lo amo muchísimo, pero tal vez sea un amor picado, ¿quién sabe?, pero en verdad sí lo amo y muero por él, fue él esa enfermedad que me comía por dentro, pero yo también me destruía al verme sola sin amigos, sin familia, sin hijos, sin esposo, sin corazón... Me quedé sola con el recuerdo de esos años que llamé “buenos”, con tres perros y dos muchachas que lo que hacían era ayudar a mi cuerpo que poco a poco se iba convirtiendo en ceniza en el viento, me convertía en música, en arte, en canción y en todo aquello que tuviese compañía. Me convertía en las tres a ver cuál era a la que le gustaba Bolívar, pero como siempre me pidió tiempo y solo lo vi pasar en su caballo blanco —con el cual ustedes echan tanta broma: ¿de qué color es el caballo blanco de Bolívar?—, lo vi pasar con un reloj en la

cabeza que decía “espérame”, pero no sé cuánto tiempo durará esta espera. Espero que no sea mucho, porque no sé cuántos años más estaré enamorada de él, y como dice mi frase favorita: “Solo sé que lo sé todo y que no encuentro nada”.

Qué frase tan parecida a ella y a nosotras, solo sabemos todo: pensamos en aquello que a nosotros nos hace feliz, lo que nos hace soñar, pensamos en nosotras, pensamos tener todas las respuestas incluso a preguntas que nadie ha hecho... pero no encontramos nada: a veces no encontramos nada de qué hablar, por qué hacerlo, por qué mirarnos y hasta por qué escribir.

Me encuentro hoy en una plaza llena de gente joven que busca futuro, busca ser aceptada, busca tener éxito, progresar y vivir en un mundo mejor, y también con otros que no hacen nada para vivir y están aquí para ir acumulando años sin buscar un rumbo, un lugar, un ser, o un parecer.

Esta plaza mágica, que me invita a crear, me ayuda a ser más fuerte y aceptar los cambios, las decisiones de otros y los resultados de nuestros actos.

Estoy aquí con dos mujeres que me han enseñado cómo serlo, me encuentro entre árboles silenciosos que guardan grandes secretos, estoy aquí en un mundo sorprendente que me enseña a amar, inclusive aquello que no conozco y que solo me lo voy imaginando. Estoy entre esta multitud que busca una salida,

no sé si será en la plaza o en el libro, pero trata de salir, trata de brotar aquello por qué y por quién amar. Siento que el amor es algo más grande que nosotros, este sentimiento es el que nos guía a escribir, contar, dibujar, actuar... El amor es una de las armas más letales, por esta pasión hay guerra y paz, hay pelea y reconciliación, el amor te incita a crear cosas maravillosas, el amor te come y te hace llorar, te hace reír, te hace sentir, te ayuda a seguir vivo y a irte en paz.

Pero, ¿qué será el amor? Será el que hace estar aquí con estas mujeres que aman de maneras diferentes y tan iguales, será el amor eso que te hace amar, ¡qué importa qué sea!, lo importante es que existe y está aquí, en aquellas letras que no se han escrito aún.

Con esto voy a terminar

*El Quijote me está persiguiendo
desde aquel día que quise hacer un cuento:
“En un lugar de Maracay...
de cuyo nombre
no quiero acordarme”*

Papá ya viene de regreso, otro libro más del Quijote, el tercero, pues les cuento que tenemos el de Monteiro Lobato, el original de una colección de lujo, y el que papá fue a buscar ese día en la plaza.

Entre la multitud papá va apareciendo, con su pasito apurado y con sus lentes empañados. Muy sudado, me imagino también a mi hermano como una olla de presión.

Viene muy entusiasmado, ojeando el libro y leyendo la introducción; papá viene, segurísimo, preparando el discurso que le va a dar a mi hermanito para explicarnos “la fama y la importancia”.

Arregla sus palabras para decirnos que “lo tienen que leer, es un clásico de la literatura muy importante para el castellano y para todos los países de habla hispana” y blablablá. Apuesto que pensando algo aprendido en sus años de escuela sobre el Quijote y Cervantes para poder conversar con nosotros y aclarar todos nuestras dudas. Papá no solo venía sudando por el calor sino por la emoción de poder hablar con nosotros de ese libro y que “por fin van a leer”.

Pero, lo que papi no sabe es que yo estoy en vivo y directo con Aldonza y con Manuelita, dos mujeres que me han enseñando muchísimo sobre ellas y sobre mí.

—Las apariencias engañan —cantó Aldonza al ver a papá.

—Para que tú veas que ese señor no tiene la cara de quien le gusta leer —sentenció Manuelita.

—Hija y ¿qué haces tan solita en ese banco? —fueron las palabras de papá al acercarse a nosotras, dándome el libro con una sonrisa de triunfo.

Manuelita y Aldonza se fueron sin despedirse, me quedó la duda sobre el momento de su partida.

Al levantarme para seguir hasta el carro, una hoja amarillenta y escrita en tinta y letra corrida pasó volando delante de nosotros, salí a perseguirla pero el viento fue más hábil que yo y fue a parar a una de las fuentes que adornan la plaza Bolívar de Maracay. Desdibujada por la tinta fue imposible rescatarla. Papá no perdió la oportunidad para alertarme:

—Cuidado con meter las manos en esas aguas represadas, que si los gérmenes, lo que decía ese papel se borró y no debe haber sido importante...

La dejé allí, pero fue testigo de mi encuentro, y eso ya es suficiente. Poncho estaba sudando a chorros, se despertó molesto.

—¿Por este libro perdí mi clase de fútbol?

Llorando y con el libro en la mano reclamó:

—Pero esto no tiene ni un dibujito, esto es pura letra. ¡¡¡Una guará!!!, tan grueso. Quién va a leerlo, esto da flojera.

Muy al contrario de lo que me esperaba, papá le dio un abrazo y le pidió disculpas por no haberlo llevado a su fútbol.

De allí nos llevó al Parque de las Ballenas y sacó la pelota que siempre está en la maleta del carro, echamos una partida de tres y el arco lo hicimos con el montón de chapas de cerveza que se quedan regadas por allí, en el campo de fútbol sin arco.

Nos brindó un helado y, mientras Poncho y yo nos deleitábamos sentados en la acera, papá sacó el libro y empezó a leer. La edición Alfaguara de *Don Quijote de la Mancha* fue de un millón de ejemplares; pero el de mi papá tiene un sabor tan especial que me ha inspirado este cuento para que todos nos veamos como somos en verdad.

—“En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...”.

—Papá —interrumpió Poncho—, de qué color es la mancha del Quijote.

Papá y yo nos reímos a carcajadas...

Y él entusiasmado suplicó.

—¡Cuéntame papá, cuéntame cómo y quién es el Quijote!

“El amor no lo puede todo, sino que empieza y termina todo a la vez.”

Teté.

Puede que a ti te guste, o puede que no,
pero el caso es que tenemos mucho en común.

Bajo un mismo cielo más o menos azul
respiramos el mismo aire y adoramos el mismo Sol.

Los dos tenemos miedo a morir,
a morir, a morir, idéntica fragilidad.

Índice

En un lugar de Maracay... de cuyo nombre no quiero acordarme	9
Trina o Teté	15
Aldonza o Dulcinea	22
Somos ella	42
Con esto voy a terminar	55

EDICIÓN DIGITAL
FEBRERO DE 2018
CARACAS, VENEZUELA



Trina Teresa Esparza dos Santos (Maracay, estado Aragua, 1994)

Joven narradora maracayera, quien desde niña se ha destacado en el mundo de la literatura.

En el año 2004 ganó el primer lugar en el X Concurso de Cuentos Infantiles del diario *El Nacional*, posteriormente logró calificar tercer lugar en el XI Concurso de Cuentos Infantiles de *El Nacional* en el año 2005. Ese mismo año alcanzó el tercer lugar en el Primer Concurso Cuento Infantil Fantasía, patrocinado por Mattel de Venezuela y obtuvo el primer lugar en el Concurso Relatos Breves de Experiencias de Tolerancia auspiciado por el diario *Últimas Noticias*. En el año 2006 fue mención de honor en el XII Concurso de Cuentos Infantiles de *El Nacional* y tercer lugar (categoría juvenil) en el Tercer Concurso Literario Cuentos Sobre Rieles de la CVG, Ferrominera del Orinoco en el año 2006. Desde este mismo año es conductora de un programa radial llamado *Venezuela es un Paraíso* en compañía de su hermano Jesús Manuel (Poncho).

En este cuento los lectores y las lectoras también se sentarán en ese banquito a coger un poco de fresco viendo cómo llueven las palabras a pleno sol. *Mientras esperan* es la historia de un encuentro mágico. Es la historia de todos los libros y de un libro, de todas las mujeres y de una mujer. Es un cuento de lo que anhelamos, de lo que esperamos. Un cuento de lo sencillo y de lo complejo. Es simplemente un cuento de la vida o la vida de un cuento que se encuentra consigo mismo.

Nathaly "Lemur" Bonilla (Rubio, estado Táchira, 1985)

Ilustradora, diseñadora gráfica y artista plástica por pasión. Comunicadora social por profesión (ULA, Táchira). En 1997 ganó el premio "Colorea tus ideas" promovido por La Torre del Oro. Ese mismo año participó en la I Exposición sobre Biodiversidad Natural de la Región Andina. En el 2006 publicó su primera historieta ilustrada, una adaptación del libro con el mismo nombre: *Historia de la Revolución Bolivariana*. En los últimos años ha centrado su trabajo especialmente en el uso de las técnicas digitales para dar color a sus ilustraciones.

